



DOCUMENTO INFORMATIVO 2016

www.labiblia.org

CONTENIDO

¿Cuál es el Texto Original del pasaje?
La Confección de Libros Antiguos
Origen del Texto Sagrado
El Texto Normativo Hebreo
Transmisión del Texto Hebreo
Origen y Transmisión del Texto Griego
La Versión de Casiodoro de Reina
La Crítica Textual
Restauración del Nuevo Testamento
Teología de Traducción
Nuevo Enfoque Crítico del Siglo XXI
La Forma Original Manuscrita

Los descubrimientos de la arqueología del siglo XX, juntamente con el avance de los estudios bíblicos han resultado de extraordinario beneficio en la restauración del Texto Sagrado. Hoy, como nunca antes, estamos en posesión de un tipo de texto bíblico que nos acerca maravillosamente a los Autógrafos Originales de la Biblia. Estos nuevos hallazgos y avances críticos han puesto en evidencia numerosas diferencias entre los manuscritos más antiguos y aquéllos que sirvieron como base para producir versiones tan importantes como King James, Reina-Valera y Ferreira de Almeida.

La Sociedad Bíblica Iberoamericana ha asumido la responsabilidad de realizar una revisión que, preservando la excelencia del estilo literario y riqueza expresiva de estas Versiones, se adapte a un texto hebreo, arameo y griego restaurado, tal como existía en la época apostólica, y era utilizado durante el primer siglo por la Iglesia Primitiva. La importancia de este trascendental proyecto no puede ser subestimado, toda vez que, antes de explicar el significado de palabras, frases e ideas de la Escritura Sagrada, el intérprete ha de interesarse por un problema precedente:

¿Cuál es el texto original del pasaje?

Que tal pregunta debe ser hecha... ¡y contestada!, surge por dos circunstancias:

- Ninguno de los documentos originales de la Biblia existe hoy día.
- Las copias existentes difieren una de otra.

Al ser escritos sobre el frágil papiro, y a causa de su uso continuo, los manuscritos originales pronto se destruyeron o extraviaron. Así, desde Moisés hasta Juan, y desde éstos hasta la invención de la imprenta, durante casi tres mil años, se produjeron miles de copias manuscritas, primeramente en hebreo, arameo, y luego en griego que, igualmente, presentan entre sí miles de las llamadas *variantes textuales*.

LA CONFECCIÓN DE LIBROS ANTIGUOS

Hasta la invención de la imprenta -siglo XV- el texto de la Biblia (así como cualquier otro tipo de registro escrito) se realizaba mediante el laborioso trabajo de copiar letra por letra y palabra por palabra. Por lo tanto, el análisis y la consideración del proceso histórico envuelto en la confección y transcripción de manuscritos, es de suma importancia en las labores de restauración textual.

Materiales: Entre los diversos materiales utilizados en la antigüedad para la confección de libros, tales como madera, hueso, metal, arcilla, piedra, papiro y pergamino, el estudiante de la Biblia ha de interesarse principalmente en los cuatro últimos. Todos ellos, referenciados en la Biblia, desde Génesis hasta Apocalipsis, nos muestran su uso particular en la conformación del canon. La manufactura del papiro, por ejemplo, era un negocio floreciente en Egipto pues crecía abundantemente en las orillas del delta del Nilo ya en tiempos de Job (8.11). El pergamino por su parte, tiene una interesante historia relacionada con el afán de dos reyes por poseer la mejor

biblioteca de la época. Uno de ellos, Tolomeo Epífanos (205-182 a.C.), llegó a decretar un embargo sobre las exportaciones del papiro producido en Egipto, lo cual obligó al rey de Pérgamo a buscar un soporte alternativo capaz de recibir la escritura. Fue así como se inventó y desarrolló la industria del *pergamino*, el cual era fabricado bien con pieles de antílopes o de ganado vacuno o caprino recién nacido.

Forma: La arcilla era utilizada para fabricar tablillas, sobre las cuales se realizaba la escritura cuneiforme. La piedra fue utilizada para grabar el Decálogo, además de monolitos y estelas. El uso más antiguo del papiro como material de escritura era en forma de rollo. Sus hojas se unían lateralmente, enrollándose en bastones cilíndricos especialmente diseñados (Sal. 40.7), con un largo de unos 10 metros (el Evangelio según Lucas llenaría normalmente esa medida). Los rollos eran difíciles de usar, y la Iglesia Primitiva descubrió cuán incómodo podía resultar la búsqueda de pasajes específicos. Así, antes de finalizar el primer siglo, se comenzó a utilizar la forma de *códice*, la cual consistía en el doblaje de varias hojas de papiro, uniéndolas luego con una costura. Posiblemente, esta forma haya sido ideada por cristianos gentiles para diferenciarse de la lectura típica utilizada en las sinagogas. Posteriormente, también el pergamino fue utilizado en forma de *códice*. En el 331 Constantino comisionó la elaboración de 50 *códices* de la Biblia en pergamino. Dos de ellos, el *Codex Sinaiticus* y el *Codex Vaticanus* en existencia hoy, constituyen dos de los testigos textuales más importantes de las Sagradas Escrituras.

ORIGEN DEL TEXTO SAGRADO

Inspiración: La inspiración verbal y plenaria de la Escritura recayó exclusivamente sobre los Autógrafos Sagrados. Su infalibilidad se limita, por tanto, al *Texto Original de la Biblia*, y nunca benefició al copiado manuscrito, aun siendo en los idiomas originales. Mucho menos puede entonces la Providencia beneficiar a las *traducciones* que de esas copias se derivan.

Canon: El *Canon* o *regla normativa* de la Biblia, establece el número total de sus libros, secuencia y compaginación original. Este fue establecido oportunamente por los mismos profetas y escribas, apóstoles y evangelistas que la escribieron, respaldados por el mismo Espíritu que los había movido a realizar en la tierra la Obra más gloriosa y excelsa de Dios en el cielo: *la Escritura*. El *Canon* fue abierto por Moisés durante su peregrinación en el desierto, y cerrado en la isla de Patmos 1600 años más tarde por el apóstol Juan. Sus 49 autores pertenecían a los más diversos estratos sociales y ejercían distintas profesiones y oficios. Reyes y plebeyos, juristas, médicos y guerreros, escribas y sacerdotes, pastores y pescadores, ricos y pobres, sabios y analfabetas, todos hablaron acerca de los más diversos acontecimientos, tratando con naturalidad tanto temas terrenales como celestiales, históricos y proféticos, elementales y trascendentales, cada uno en su tiempo, sin que muchos hubieran llegado a conocerse entre sí, cada uno haciendo “sonar

su propia nota musical” en el tiempo y en el espacio, para todos converger en un único y gran concierto lleno de armonía, unidad, continuidad, majestad y belleza: esa realidad maravillosa dirigida por el *soplo* divino (2Ti. 3.16) que los hombres llamamos “Biblia”. Una realidad latente y evidente como los cielos y la tierra: *Ahí están*.

EL TEXTO NORMATIVO HEBREO

1. La Ley Obviamente, Moisés tuvo que escribir su Pentateuco durante los años de la peregrinación en el desierto. Primeramente como editor, transcribió las *tablillas* contentivas del Génesis. Luego, como autor, escribió Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Así, cuando en 1486 a.C. Israel entró en la tierra prometida, la primera sección de la Escritura Hebrea, la *Torá*, había sido concluida.

2. Los Profetas La segunda sección *-Nevi'im-* se refiere a los profetas, desde Josué hasta Malaquías. Durante un poco más de mil años, la Escritura Hebrea prosiguió su conformación hasta los tiempos de Esdras, quien habiendo recopilado los libros sagrados, cerró *Canon* Hebrea y preparó el camino para la apertura del griego (Mal. 4.5-6).

3. Los Salmos Al mismo tiempo que la sección anterior, se componía la tercera parte del Texto Hebrea: Los Escritos *-Ketuvim-* encabezados por los Salmos y concluyendo con Esdras y Nehemías. Tal es la división y secuencia que nos presenta Su Autor Exacto (Lc.24.44).

Urtext De acuerdo con su descripción crítica, el *Urtext* es la forma original putativa del texto de la Biblia como composición literaria de los Escritos divinamente inspirados que, habiendo completado sus distintas fases de conformación, se presenta como *único texto canónico* al inicio del proceso de transmisión textual. La existencia de *un solo texto original*, aceptada por la mayoría de eruditos, ha sido formulada en diferentes formas. En términos lógicos y plausibles, la asunción más simple es que los libros de la Biblia fueron compuestos en un momento determinado, y editados y/o recopilados en forma *lineal* a través de un período de tiempo. A Esdras se le reconoce, pues, la recopilación completa de la Escritura Hebrea. En la época del post-exilio, Esdras integró una base textual que fue aceptada como *normativa* por las autoridades judías del Gran Sanedrín. De acuerdo con la cronología bíblica, es posible afirmar que para el año 407 a.C. el *Canon* de la Escritura Hebrea ya había sido fijado en el *Urtext*.

TRANSMISIÓN DEL TEXTO HEBREO

El Pentateuco Samaritano Desde la época de Esdras hasta el tiempo del ministerio apostólico sólo existía un único tipo de texto hebreo, contentivo de los 22 libros originales canónicos del Antiguo Pacto. Ahora bien, este *Urtext*, escrito en el idioma *paleo-hebreo consonántico* (sin vocales) de los Patriarcas, sirvió de base para 3 recensiones: El Pentateuco Samaritano (PS),

trascrito igualmente en *paleo-hebreo consonántico*. Es posible que Tobías amonita, al ser expulsado por Nehemías (Neh.13.4-9 y Esd. 4.1-4) obtuviera una copia de la *Torá* para configurar así el orden cultural en Samaria. El PS es la base de la Escritura Sagrada para los samaritanos de hoy en Israel, y esencialmente es una copia del Pentateuco original con una serie de variantes introducidas a fin de respaldar las formas de culto rival surgido en la división del reino en tiempos de Jeroboam.

La Septuaginta La segunda recensión resultó en la traducción griega denominada *Septuaginta Alejandrina* (LXX). Esta versión fue realizada en Alejandría a partir del siglo III a.C. por 72 eruditos judíos. Su necesidad se justificaba a causa del número considerable de judíos de habla griega (helenistas) que residían en Egipto bajo la favorable dinastía Ptolemaica.

El Texto Rabínico Tal como ha llegado hoy hasta nosotros, el texto tradicional del Antiguo Testamento se conoce como *Texto Masorético* (TM). Su nombre proviene de la palabra hebrea *masorah* = *tradición*. Precisamente, fueron los llamados *portadores de la tradición* quienes se encargaron de su preservación y transmisión a través de los siglos. Este tipo de texto, fechado en el 1008 d.C., fue aceptado como *texto normativo* tanto por el Romanismo Católico como por la Reforma Protestante. El TM está reproducido en las ediciones de la *Biblia Hebraica Stuttgartensia*, sirviendo de base hebrea para todas las traducciones del mundo. La historia de su preeminencia puede sintetizarse así: Tras la hecatombe del año 70 d.C., cuando los romanos reconquistaron Jerusalén, muchos manuscritos hebreos fueron destruidos o desaparecieron. Desde esa fecha en adelante, y por causa de su animadversión hacia el Cristianismo, los fariseos aunaron esfuerzos para recopilar un tipo de texto único, y asegurándose de que todos los manuscritos existentes concordaran en su redacción, procedieron a eliminar todo tipo de texto divergente. Durante los años que siguieron a la destrucción del Segundo Templo hasta el Concilio de Jamnia en el año 100 d.C., los escribas de los fariseos rehicieron un tipo de texto hebreo unificado conocido como *Texto Rabínico*. Originalmente en *paleo-hebreo-consonántico*, este texto fue transcrito a caracteres *cuadrados* arameos. Posteriormente (del 500 al 1000 d.C.), los *masoretas* procedieron a aplicar un sistema de vocales y acentos inventado por ellos, con el propósito de *fixar* su contenido. Finalmente, en el año 1008, la familia Ben Asher, en Tiberías, logró imponer sus criterios editoriales, y gracias al posterior respaldo de Maimónides, el TM llegó a posicionarse como *texto normativo* de la Biblia Hebrea. Como podremos apreciar más adelante, este doble procedimiento de re-escritura e inserción de vocales, resultó en un tipo de texto mezclado y tendencioso.

El texto de Qumrán Estos hallazgos proveen una información determinante para la restauración del texto hebreo. El material bíblico se divide claramente en dos grupos. El primero está conformado por 170 manuscritos de las propias cuevas de

Qumrán y 11 fragmentos de Masada. La paleografía prueba que los primeros manuscritos de Qumrán se produjeron en el siglo III a.C., y los últimos en la primera mitad del siglo I d.C., siendo los textos de Masada anteriores a la captura de esa fortaleza (73 d.C.). Esto evidencia que todos los manuscritos de Qumrán y Masada fueron producidos *antes* de finalizar el primer siglo de nuestra Era. El segundo grupo de manuscritos comprende los hallazgos de las cuevas de *Wadi Murabba'at*, *Nahal Hever* y *Se'elim Nahal*, y sus manuscritos fueron escondidos allí poco después del año de 100 d.C. Al mismo tiempo, estos dos grupos de manuscritos exhiben dos tipos de texto diferentes: Los anteriores al 70 d.C. (citados antes de la caída de Jerusalén) concuerdan con la LXX, y deben ser considerados como representantes de un tipo de texto hebreo que circulaba en época del Señor Jesús y sus apóstoles. Estos hallazgos evidencian que los pasajes del AT citados por los escritores del NT *no* se refieren a la versión griega, sino a la misma *base textual hebrea* que sirvió para traducir la LXX. El segundo grupo de manuscritos son posteriores al 100 d.C. presentan, por el contrario, una lectura idéntica al TM. Recordando entonces que desde Esdras hasta los días del Segundo Templo existía un *Urtext*, el origen del *Texto Rabínico* puede ubicarse sin duda en una época no anterior al tiempo de Jesús y sus apóstoles. Es significativo que, en los hallazgos del Mar Muerto, la línea divisoria entre ambos tipos de texto también se haya producido con posterioridad inmediata a la destrucción del Segundo Templo.

El Concilio de Jamnia Ahora bien, ¿por qué, dónde y cuándo se llegó a cambiar el *Urtext* de Esdras? ¿Cuáles fueron las necesidades y el entorno histórico de aquella época? La respuesta está en la agenda del *Concilio de Jamnia*. Convocado alrededor del 100 d.C, el Concilio fue presidido por el rabino ben Zakai, pero el líder indiscutido de aquella reunión fue Rabi Akiva (50-135 d.C.), quien ya para ese entonces era considerado como el padre del Judaísmo Rabínico. En sus últimos años, Akiva había favorecido abiertamente la rebelión de Simón Bar Kojba contra el Imperio Romano, apoyándolo con su riqueza personal y respaldando sus aspiraciones mesiánicas. Los anales históricos confirman que para finales del primer siglo, un tipo de texto *unificado* llegó a posicionarse súbitamente como el *texto estándar* hebreo. El hecho de que ni una sola copia discordante haya sobrevivido (excepto los rollos del Mar Muerto escondidos para el momento de la convocatoria), indica claramente cuán drásticas medidas adoptaron los miembros del Concilio en la consideración de los textos divergentes. Los miembros del Concilio de Jamnia rechazaron de plano el tipo de texto que había servido como base para traducir la LXX, por cuanto esta se había convertido en la Biblia de los cristianos. De hecho, en el siglo II de nuestra Era, este repudio se hizo realidad mediante la producción de una versión rival, que no era otro sino el texto hebreo-consonántico formulado por el fariseísmo, conocido como *Texto Rabínico* en oposición al texto utilizado por Jesús y sus discípulos y la Iglesia Primitiva. Con el correr de los siglos,

el *Texto Rabínico* llegó a convertirse en el afamado y prestigioso *Texto Masorético*, el cual, con pequeñas variaciones, logró posicionarse como *el texto normativo hebreo* que sirvió de base para todas las traducciones vernáculas del Antiguo Pacto desde finales del siglo IV hasta hoy.

Otras Versiones Griegas El Concilio de Jamnia produjo un tipo de texto único, asegurándose que todos los textos divergentes fueran destruidos. Pero esta versión unificada fue sometida a un doble proceso de cambio. En primer lugar, sufrió la modificación de sus signos originales en *paleo-hebreo* a caracteres *cuadrados* arameos. Luego, unos 400 años más tarde, le fueron “insertadas” vocales en sus consonantes, según la tradición de la *escuela masorética*. Por otra parte, la estandarización del *Texto Rabínico* dio lugar a las versiones griegas de Aquila, Teodosio y Símaco. Es digno mencionar en que Aquila era un fiel discípulo de Rabí Akiva, y así produjo su nueva versión en griego para los judíos de la diáspora, siguiendo fielmente el *Texto Rabínico*. Esto confirma la influencia de Akiva en la conformación del nuevo texto.

La Hexapla El siguiente acto del drama se produjo en el 200 d.C. cuando Orígenes compuso su famosa *Hexapla*. Esta versión incluye aquellas tres versiones griegas en paralelo, junto con el *Texto Rabínico* en hebreo y en griego, y finalmente la LXX (revisada por el mismo Orígenes). Téngase en cuenta que, a excepción de la LXX, las otras cinco versiones de la Hexapla, eran meras variaciones del texto unificado en el Concilio de Jamnia. Al parecer, los esfuerzos de Orígenes no estaban dirigidos hacia la recuperación de la forma original de la base hebrea de la LXX, sino más bien a “armonizarla” con el texto hebreo dominante. Así, con pasmosa liberalidad, alteró el texto de la LXX, y este grave hecho afectó particularmente todas las otras versiones del Antiguo Testamento, que de allí en adelante pasaron a ser simples transcripciones serviles del *Texto Rabínico*. Afortunadamente, en el año 617, Paulus de Tella puso al descubierto las alteraciones de Orígenes, logrando la restauración completa de la LXX, tal como se conserva hoy.

ORIGEN Y TRANSMISIÓN DEL TEXTO GRIEGO

Autógrafos Con excepción de Apocalipsis, los inspirados escritores del Nuevo Testamento realizaron su obra *antes* de la destrucción del Segundo Templo (70 d.C.). Aunque la fecha del *Evangelio según Mateo* ha sido objeto de mucha discusión, no hay razones convincentes para no aceptar el 37 d.C. como el año de apertura del *Canon* griego, cerrado 59 años más tarde por el apóstol Juan en Patmos (96 d.C.).

Transmisión Textual En los primeros días de la Iglesia Cristiana, luego de que una carta apostólica era enviada a una congregación o a un individuo, o después que un Evangelio era escrito a fin de llenar las necesidades de un público lector en particular, se elaboraban copias con el propósito de extender su

influencia y facilitar a otros sus beneficios. Era por lo tanto inevitable, que esas copias manuscritas contuvieran un número mayor o menor de diferencias en palabras con respecto a su original.

Alteración Textual La mayor parte de las divergencias surgieron por causas involuntarias, tales como confundir una letra o palabra con otra parecida. Si, por ejemplo, dos líneas vecinas comenzaban o terminaban con el mismo grupo de letras, o si dos palabras similares se encontraban juntas en la misma línea, era factible que el ojo del copista “saltara” del primer grupo de letras al segundo, y así omitiera una porción del texto. Inversamente, la visión del escriba podría “regresar” del segundo al primer grupo y, sin quererlo, duplicar una o más palabras. También, los diptongos o triptongos de igual pronunciación, en oportunidades podían ser confundidos por los escribas oyentes. Tales errores accidentales eran casi inevitables doquiera se copiaban a mano largos pasajes, y había más posibilidades de que ocurrieran si el escriba tenía vista u oído defectuoso; si era interrumpido en su labor; o si a causa del cansancio, estaba menos atento de lo que debía estar. Otras divergencias textuales surgieron de intentos deliberados por suavizar formas gramaticales toscas, o por tratar de eliminar partes -real o aparentemente- obscuras en el significado del pasaje. Algunas veces, un copista substituía o añadía lo que le parecía ser una palabra o forma más apropiada, quizá derivada de un pasaje paralelo (armonización de lecturas similares). De esta manera, durante los primeros siglos que siguieron a la conformación del Canon del Nuevo Testamento, surgieron centenares –y aun millares- de las llamadas *variantes textuales*.

TIPOS DE TEXTO

Durante los primeros años de expansión de la Iglesia, se desarrollaron los que hoy conocemos como *textos locales* del Nuevo Testamento. A las nuevas congregaciones establecidas en grandes ciudades o cerca de ellas, tales como Alejandría, Antioquía, Constantinopla, Cartago o Roma, se les proveían copias de las Escrituras en la forma que era corriente en esa área. Al hacer copias adicionales, el número de lecturas especiales e interpretaciones eran conservadas y hasta cierto punto aumentadas, de tal manera que llegó a crecer un *tipo* de texto más o menos peculiar de esa localidad. Hoy es posible identificar la clase de texto preservado en manuscritos del Nuevo Testamento, al comparar sus características textuales con las citas de esos mismos pasajes en los escritos de la patología cristiana residente en los principales centros eclesiásticos, o cerca de ellos. Al mismo tiempo, las peculiaridades del texto local tendían a diluirse y mezclarse con otras clases de texto. Un manuscrito del Evangelio según Marcos copiado en Alejandría, por ejemplo, y llevado luego a Roma, ejercería sin duda, cierta influencia en los copistas que transcribían el texto de Marcos que era corriente en Roma. En líneas generales, sin embargo, durante los primeros siglos, las tendencias a desarrollar y

preservar un tipo particular de texto local, prevalecieron a la mezcla de ellos. De esta manera, se formaron varios tipos de texto del Nuevo Testamento, de los cuales, los más importantes son los siguientes:

El Texto Alejandrino Este tipo de texto es usualmente considerado como el mejor y más fiel en la preservación del Original. Sus características principales consisten en su brevedad y austeridad. Esto es, el texto Alejandrino es generalmente más corto que las demás clases de texto, y no exhibe el grado de pulidez gramatical y estilística que caracteriza al tipo de texto Cesariense, y en mayor grado aún, al tipo de texto Bizantino. Hasta muy recientemente, los dos principales testigos del texto Alejandrino eran el *códice Vaticano* y el *códice Sinaitico*, manuscritos en pergamino del 330 d.C. Sin embargo, con la adquisición de los papiros Bodmer, particularmente el *p66* y el *p75*, ambas copias cercanas a finales del siglo segundo de nuestra Era, existe evidencia de que el tipo de texto Alejandrino puede ser retro-traído hasta un arquetipo ubicado con todo rigor en el 125 d.C.

El Texto Occidental Este texto era corriente en Italia, Galia, Nor-África y Egipto. Su arquetipo puede también retrotraerse hasta el siglo segundo. Utilizado por Cipriano, Tertuliano, Ireneo, y Tatiano, su presencia en Egipto está demostrada por los papiros *p38* y *p48* (cercaos al 300 d.C.). Los manuscritos griegos más importantes que representan el tipo de texto Occidental son el *códice Beza* (D), del siglo V o VI (contentivo de Evangelios y Hechos), el *códice Claromontanus* (D), del siglo VI, (contentivo de las Epístolas Paulinas) y, el *códice Washingtonianus* (W), del final del siglo IV o principios del V (Contentivo de Marcos 1.1 hasta 5.30). De igual manera, las versiones latinas antiguas son testigos notorios del tipo de texto Occidental, y se encuentran dentro de grupos principales tales como las formas africana, italiana e hispana del texto latino antiguo. La característica principal del tipo de texto Occidental es su intensa paráfrasis.

El Texto Cesariense Parece haberse originado en Egipto (está respaldado por el papiro Chéster Beatty (*p45*)). Fue traído quizá por Orígenes a Cesarea, donde fue utilizado por Eusebio y otros. De Cesarea fue llevado a Jerusalén, y allí utilizado por Cirilo y por un grupo de armenios que, en épocas tempranas, tenían una colonia en Jerusalén. Los misioneros armenios llevaron el tipo de texto Cesariense a Georgia, donde influyó en la *Versión Georgiana*, como también en el manuscrito griego del siglo IX, *códice Korideti* (Q). Según parece, el tipo de texto Cesariense tuvo una larga y accidentada carrera. De acuerdo con los puntos de vista de la mayoría de eruditos, se trata de un texto oriental, caracterizado por una mezcla de lecturas occidentales y alejandrinas, en el cual puede observarse un propósito de transformación “elegante” de sus expresiones, distinción que es especialmente notable en el tipo de texto Bizantino.

El Texto Bizantino Este es el último de los varios tipos distintivos de texto del Nuevo Testamento. Lo caracteriza su esfuerzo por hacerlo aparecer “completo” y con mucha lucidez. Sin duda alguna, los constructores de este texto intentaron *pulir* cualquier forma ruda del lenguaje, combinaron también dos o más lecturas divergentes en una sola lectura expandida (llamado *fusión*), y armonizaron pasajes paralelos divergentes. Este estilo textual fue producido en Siria, y luego llevado a Constantinopla, donde fue distribuido ampliamente el Imperio Bizantino. Su mejor representante es el *códice Alejandrino* y la gran masa de *manuscritos minúsculos*. Desde el siglo VI hasta la invención de la imprenta, el Bizantino fue el texto de mayor circulación, y el único autorizado por la Iglesia Católica. J. Hort lo describe así: “*Las cualidades que los autores del texto Bizantino parecieran más interesados en resaltar, son lo lúcido y lo completo. Ellos estaban evidentemente ansiosos, hasta donde fuera posible, y sin recurrir a medidas violentas, en remover toda piedra de tropiezo en el camino del lector ordinario. También estaban igualmente deseosos de que éste obtuviera los beneficios de la parte instructiva contentiva en todo el texto existente, sin confundir el contexto o introducir aparentes contradicciones. Nuevas omisiones, por ende, son raras, y cuando ocurren, usualmente quieren contribuir a aparentar simplicidad. Por otra parte, abundan las nuevas interpolaciones, la mayoría de ellas hechas debido a armonizaciones u otra similitud, pero afortunadamente identificables por ser caprichosas o incompletas. Tanto en tema como en dicción, el texto Bizantino es visiblemente un texto ‘completo’. Se deleita en pronombres, conjunciones, expletivos, y provee enlaces de todo tipo, así, como también añadiduras de consideración. Como distinguiéndose del valor denodado de los escribas occidentales y de la erudición de los alejandrinos, el espíritu de sus correcciones es al mismo tiempo sensible y débil. Totalmente irreprochable en bases literarias o religiosas respecto a una dicción vulgar o indigna, pero mostrando una ausencia de discernimiento crítico-espiritual, presenta el Nuevo Testamento en una forma blanda y atractiva, pero notablemente empobrecido en fuerza y sentido, más apropiado para la lectura rápida o recitativa que para el estudio diligente y repetido.*”

Esta forma alterada de texto griego fue la más aceptada y reconocida, y sirvió de base para la edición impresa de Erasmo de Rotterdam, la cual llegó a ser famosa por su nombre latino de *Textus Receptus*.

El Textus Receptus En el siglo XV, el invento de Juan Gutenberg (la imprenta de tipos móviles), produjo las más trascendentales consecuencias para la cultura y la civilización occidental. De allí en adelante, podían reproducirse copias de libros más rápida y económicamente y con un grado de perfección hasta entonces nunca alcanzado. Muy apropiadamente, la primera impresión importante de Gutenberg fue una magnífica edición de la Biblia. El texto era el de la versión de Jerónimo, la *Vulgata Latina*, la cual fue publicada en Maguncia entre 1450 y 1456. Sin embargo, con

excepción de algunos pasajes, el Nuevo Testamento Griego tuvo que esperar hasta 1514 para ser impreso. Dos razones se le atribuyen a esta demora de casi setenta años. La primera de ellas fue lo difícil y costoso que resultaba la producción de tipos griegos de fundición necesarios para un libro de considerables dimensiones. La segunda, y más importante razón que demoró la publicación del texto griego, fue sin duda el prestigio de la *Vulgata Latina*. Las traducciones en idiomas vernáculos no anulaban la superioridad del texto latino del cual provenían; pero la publicación del Nuevo Testamento Griego ofrecía a cualquier erudito conocedor de ambas lenguas, una herramienta con la cual podía criticar y corregir la Biblia oficial de la Iglesia Romana.

No obstante, en 1514, salió de la imprenta el primer Nuevo Testamento Griego como parte de una Biblia políglota. Planeada en 1502 por el Cardenal Cisneros, el texto hebreo, arameo, griego y latino fue impreso en en la ciudad universitaria de Alcalá, una magnífica edición denominada *Biblia Complutense*. A pesar de que el texto complutense fue el primer Nuevo Testamento griego en imprimirse, no fue el primero en ser publicado (esto es, puesto en circulación). Tal fue la edición preparada por el famoso erudito y humanista holandés Desiderio Erasmo de Rotterdam.

No se puede determinar exactamente cuando decidió Erasmo preparar la edición del Testamento Griego, pero durante una visita a Basilea en agosto de 1514, discutió con el editor J. Froben (posiblemente no por primera vez), la posibilidad de tal volumen. Sus negociaciones parecieron haberse roto por algún tiempo, pero fueron restablecidas durante una visita de Erasmo a la Universidad de Cambridge en abril de 1515. Fue entonces cuando Froben lo importunó a través de un mutuo amigo, Beatus Rhenanus, a fin de que se hiciera cargo inmediatamente de la edición del Nuevo Testamento Griego. Sin duda Froben, habiendo oído la salida inminente de la Biblia políglota española y percibiendo que el mercado estaba listo para una edición del Nuevo Testamento Griego, deseaba capitalizar la demanda antes que la obra de Cisneros fuera concluida. Así, la propuesta de Froben, que fue acompañada por la promesa de pagar a Erasmo “... tanto como cualquier otro pudiera ofrecer por tal trabajo”, aparentemente llegó en el momento oportuno. Habiendo ido nuevamente a Basilea, en julio de 1515, Erasmo esperaba encontrar manuscritos griegos suficientemente buenos como para enviarlos al impresor y luego presentarlos juntamente con su propia traducción latina, en la que había venido trabajando de forma intermitente durante algunos años. No obstante, con disgusto, pudo comprobar que los únicos manuscritos disponibles para ese momento, requerían de cierto grado de corrección antes que pudieran ser usados como copias de impresión.

El trabajo comenzó el 2 de octubre de 1515, y cinco meses después, el 1 de marzo de 1516, la edición entera había sido concluida en un gran volumen folio de aproximadamente mil páginas que, según el propio Erasmo declaró más tarde, había sido “... precipitado antes que editado”. Debido al

apresuramiento de la producción, el volumen contiene cientos de errores tipográficos. Al respecto, Scribener declaró: “... es el libro con más errores que he conocido!”. Por cuanto Erasmo no pudo conseguir ni un solo manuscrito que contuviera el Nuevo Testamento completo, se vio obligado a utilizar varios para las distintas partes del mismo. Para la mayoría del texto se basó en ¡dos! manuscritos (más bien inferiores) de una librería monástica de Basilea. Uno, de los Evangelios y otro de Hechos y Epístolas, ambos con fechas aproximadas al siglo XII. Erasmo comparó los manuscritos con dos o tres de los mismos libros, corrigiendo ocasionalmente para el impresor, bien al margen o entre líneas del mismo manuscrito. Para el libro de Apocalipsis, no tenía sino un manuscrito también del siglo XII, que había tomado prestado de su amigo Reuschlin, y al cual desafortunadamente le faltaba la última hoja. Para estos versículos, lo mismo que para otros pasajes, en donde el texto griego de Apocalipsis y el comentario al cual venía adjunto (que por estar tan mezclados resultan hasta hoy indistinguibles), Erasmo dependió de la *Vulgata Latina*, y tradujo así del latín al griego. Como era de esperar por tan audaz procedimiento, se encuentran aquí y allí lecturas del griego propio de Erasmo, que nunca han sido halladas en ningún manuscrito griego conocido, pero que han sido perpetuadas hasta el día de hoy en las impresiones del llamado *Textus Receptus*.

Incluso en otras partes del Nuevo Testamento, Erasmo introdujo ocasionalmente en el texto griego, material tomado de la *Vulgata Latina*. Esto es, en Hechos 9.6, la pregunta que Pablo hace en el momento de su conversión en el camino a Damasco: “... él, temblando y temeroso, dijo: Señor ¿qué quieres que yo haga?” lo cual es una obvia interpolación procedente de la *Vulgata*. Esta añadidura, que no es hallada en ningún manuscrito griego en este pasaje, formó parte del *Textus Receptus* el cual Casiodoro de Reina tomó como base para su Versión de 1569 la cual es perpetuada hasta sus revisiones actuales del siglo XXI. Otra interpolación que no está respaldada por ningún manuscrito griego antiguo y fidedigno, es la conocida como el *Comma Johanneum* en 1Jn.5.7-8, que Erasmo se vio obligado a introducir en su texto a causa de los ataques de los editores de la Políglota Complutense. En definitiva, el texto del Nuevo Testamento Griego de Erasmo, está basado en no más de 6 manuscritos minúsculos. El más antiguo y mejor de ellos, el *códice I* (un minúsculo del siglo X, que en muchas partes concuerda con el texto Uncial antiguo), fue el que Erasmo menos se utilizó, pues... ¡temía acerca de sus posibles errores!

La obra de Erasmo de Róterdam, fue editada cinco veces, y más de treinta ediciones fueron realizadas sin autorización en Venecia, Estrasburgo, Basilea, París y otros lugares. Subsecuentes editores tales como Melchior Sessa, Robert Estienne, Teodoro Beza, los hermanos Buenaventura y Abraham Elzevier, a pesar de haber realizado un número considerable de alteraciones, continuaron reproduciendo vez tras vez esta adulterada forma de Texto Griego, asegurándole una preeminencia tal, que llegó a erigirse como el “*texto normativo*”

del Nuevo Testamento, y por más de cuatrocientos años resistió (y aún resiste) todos los esfuerzos eruditos por desplazarlo en favor de un texto más fiel. Hasta poco antes del siglo XX el Textus Receptus ha servido como única base de traducción del Nuevo Testamento a la mayoría de los idiomas vernáculos de Europa, incluido el castellano. Tan supersticiosa y pedante es su innmerecida reverencia, que los intentos por criticarlo o enmendarlo han sido considerados como un sacrilegio; todo esto a pesar de que su base textual es esencialmente un manojo de manuscritos tardíos escogidos al azar y, por lo menos en una docena de pasajes, su lectura no está respaldada por ningún manuscrito griego conocido hasta el presente.

La versión de Casiodoro de Reina Las primeras versiones castellanas del Nuevo Testamento se realizaron al amparo de la Reforma, y para el momento de sus publicaciones no pudieron llegar a sus destinatarios debido al rígido control que ejercían los inquisidores en las fronteras españolas. Fue por ello que la primera versión traducida directamente del griego (obra de Francisco de Encinas, editada en Bruselas en 1543), tuvo que esperar algún tiempo para su distribución. Esto aconteció cuando su revisor, Juan Pérez de Pineda, trabó contacto con un personaje muy singular, llamado Julián Hernández. Este hombre, quien más tarde llegó a ser conocido bajo el seudónimo de Julianillo, oportunamente se ofreció para introducir copias del Nuevo Testamento en España.

Con la terrible fuerza opositora de la Inquisición por delante, Julián Hernández comenzó a realizar sus arriesgados viajes. Su audacia y valor eran extraordinarios y, vez tras vez, logró introducir abundante cantidad de Nuevos Testamentos y otra literatura reformista en su país, hasta que, finalmente, fue traicionado y entregado en manos de sus perseguidores, para ser quemado en la hoguera.

Sin embargo, la labor de Julianillo no fue infructuosa, ya que antes de su captura logró esconder el precioso contrabando en varios sitios a lo largo del recorrido de su huida. Uno de estos lugares, fue nada menos que... un claustro de monjes católicos (!) llamado San Isidro del Campo. El resultado de semejante hazaña no se hizo esperar. La Palabra de vida comenzó su obra convirtiendo el corazón de muchos de los monjes del monasterio, quienes, por abrazar su nueva fe, se vieron forzados al exilio. Entre los primeros que huyeron de España fueron Casiodoro de Reina, quien en su deambular por las ciudades protestantes de Europa, comenzó su ardua labor que se refleja en su *amonestación*:

“La obra nos ha durado entre las manos enteros doce años. Sacado el tiempo que nos ha llevado o enfermedades, o viajes, u otras ocupaciones necesarias en nuestro destierro y pobreza, podemos afirmar, que han sido bien los nueve, que no hemos soltado la pluma de la mano, ni aflojado el estudio en cuanto las fuerzas así del cuerpo como del ánimo nos han alcanzado. Parte de tan larga tardanza ha sido la falta de

nuestra erudición para tan grande obra, lo cual ha sido menester recompensar con casi doblado trabajo; parte también ha sido la estima que Dios nos ha dado de la misma obra, y el celo de tratarla con toda limpieza, con la cual obligación con ninguna erudita ni luenga diligencia se puede jamás satisfacer. La erudición y noticias de las lenguas, aunque no ha sido ni es la que quisiéramos, ha sido la que basta para entender los pareceres de los que más entienden, y conferirlos entre sí, para poder escoger lo más conveniente conforme al sentido y noticia que Dios nos ha dado de su Palabra. Nos hemos ayudado del juicio y doctrina así de los vivos como de los muertos, que en la obra ha podido dar alguna ayuda, consultado todas las versiones que hasta ahora hay, y muchas veces los comentarios. Tampoco nos han faltado las experiencias y ejercicio de muchas de las cosas que trata y hace principal estado la divina Escritura, que de hecho es la mayor y más sustancial ayuda (no faltando las otras) para su verdadera inteligencia.”

El fruto de la labor de Casiodoro de Reina es la extraordinaria versión que hoy poseemos. Por su excelencia, sobrepaja todas las demás versiones castellanas de las Sagradas Escrituras. La pureza de sus expresiones constituye para la prosa española, un aporte monumental no reconocido; para la Iglesia de Cristo, posee el incalculable valor de haber sido luz inicial de la Reforma. Hoy como ayer, por más de cuatro siglos, sus felices giros de expresión unen el pensamiento cristiano y son punto de concurrencia de las promesas y de la voluntad de Dios para sus hijos. ¡Somos, sin duda alguna, deudores a éste, nuestro maravilloso y más querido Libro!

Sin embargo, según hemos podido apreciar en las páginas anteriores, y como veremos en las subsiguientes, en virtud del desarrollo de los estudios bíblicos realizados desde comienzos del siglo XIX hasta el presente, y con el descubrimiento de manuscritos griegos mucho más antiguos que los que sirvieron de base para la traducción de Casiodoro de Reina, se han puesto en evidencia tan graves defectos que hacen indispensable considerar su revisión a la luz de un tipo de texto griego establecido mediante una metodología sistemática que provea relativamente todas las citas de evidencia manuscrita.

LA CRÍTICA TEXTUAL

El criticismo textual no es una rama de las matemáticas, y ciertamente no es, en absoluto, una ciencia exacta. Trata con asuntos que no son rígidos ni constantes, como líneas y números, sino fluidos y variables: principalmente con las

*fragilidades y aberraciones de la mente humana y de sus insubordinados servidores: los dedos humanos. No es, por tanto, susceptible a reglas estrictas y aceradas. Sería mucho más fácil si así fuera, y es por ello que algunos pretenden que sea así, o al menos se comportan como si fuera así. Claro está, Ud. puede tener reglas estrictas si así lo desea, pero tendrá entonces reglas falsas, y ellas lo guiarán mal, porque su simpleza se mostrará inaplicable a problemas que no son simples, sino complejos a causa del rol de la personalidad. Un crítico textual envuelto en sus labores no es, de ninguna manera, como Newton investigando el movimiento de los planetas; es más bien como un perro cazando pulgas... Si un perro intentara cazar pulgas basado en principios matemáticos, según sus investigaciones estadísticas de densidad poblacional, jamás cazaría una sola pulga, excepto por accidente. Ellas requieren ser tratadas individualmente, y cada problema que presentan al crítico textual, debe considerarse, lo más posible, como **único**.*

A. E. Housman

Mediante la indagación de las copias divergentes, la Crítica Textual busca establecer cuál forma de texto debería considerarse como la más cercana al Original. En algunos casos, las evidencias se hallarán tan justamente divididas, que resulta en extremo difícil decidir entre dos variantes. En otros casos, el crítico puede arribar a una decisión basada en razones más precisas que lo mueven a preferir o declinar una variante en favor de otra. Este criticismo, que trata acerca del origen y la naturaleza de todas las formas de un texto bíblico específico, envuelve discusiones respecto a su forma putativa original y a un análisis de los distintos representantes (*testigos*) del texto bíblico cambiante. Dicho análisis incluye una discusión sobre la relación inter-textual, sopesando al mismo tiempo las circunstancias del proceso de copiado y los procedimientos de transmisión envueltos. La Crítica Textual no solo colecciona la información de las variantes que surgen entre los distintos testigos textuales, sino también los evalúa dentro parámetros razonablemente determinados.

Diferencias entre los testigos textuales El texto bíblico ha sido transmitido en muchas fuentes manuscritas, antiguas y medioevales, que llegaron a ser conocidas por nosotros a través de ediciones modernas impresas en distintas lenguas, tales como son la *Biblia Hebraica Stuttgartensia* y el *Novum Testamentum Graece*. Hoy tenemos manuscritos en hebreo y griego antiguo y otras lenguas de la Edad Media, al igual que fragmentos de pergamino y rollos de papiro de hace más de dos mil años. Estas fuentes arrojan luz sobre el texto original, de allí su nombre *testigos textuales*. Por las fragilidades que presenta el copiado

manuscrito, los testigos difieren uno de otro en mayor o menor grado; y por cuanto ninguna de esas fuentes textuales refleja fiel y totalmente el Original, cualquier opinión sería necesita el estudio detenido de *cada una* de las fuentes, incluidas *todas* sus diferencias. El análisis y evaluación comparativa de estas diferencias ocupan un lugar primordial en el criticismo bíblico, conocido como *selección de variantes*.

METODOLOGÍA

Evidencias externas La sola *cantidad* de testigos en respaldo de una variante textual no necesariamente demuestra su superioridad sobre una determinada variante. Por ejemplo, si en una oración específica la lectura *y* está respaldada por 20 manuscritos, y la lectura *x* por un sólo manuscrito, el respaldo numérico relativo que favorece a *y* no sirve de mucho si se comprueba que los 20 manuscritos son copias provenientes de un solo original que ya no existe, cuyo escriba introdujo en principio esa particular variante. En ese caso, la comparación deberá ser hecha entre el manuscrito que contiene la lectura *x* y el único testigo antepasado de los veinte que contiene la lectura *y*. Los testigos han de ser *sopesados* antes que contados. Es decir, el principio enunciado en el párrafo anterior necesita ser elaborado: aquellos testigos considerados generalmente fieles en casos específicos, se les debe considerar predominantes en los casos donde los problemas textuales son ambiguos y su solución incierta. Al mismo tiempo, sin embargo, por cuanto el peso relativo de las varias clases de *evidencias* difiere de las distintas clases de *variantes*, no debe realizarse una mera evaluación mecánica de las evidencias. Cada caso debe ser considerado particularmente.

Evidencias internas Envuelven *probabilidades de transcripción*, que dependen de los *hábitos* de los escribas, y condición paleográfica del manuscrito. En general, *la lectura más difícil es preferida*, particularmente cuando el sentido parece erróneo en la superficie, pero en consideraciones ulteriores prueba ser correcto. (Aquí, la expresión *más difícil* significa aquello que debería haber sido más difícil *para el escriba*, quien hubiera podido sentirse inclinado a hacer una enmienda). La mayoría de enmiendas exhiben una gran superficialidad, combinado con un deseo de *mejorar* el texto con la ausencia de su realidad.

Obviamente la categoría *lectura más difícil* es relativa, y en oportunidades se alcanza un punto en donde la lectura que se juzga es tan difícil, que sólo pudo surgir por accidente de transcripción. En general, *la lectura más corta es preferida*, excepto cuando (a) el ojo del copista pudiera haber pasado inadvertidamente una palabra a otra por tener un orden similar de letras; o donde (b) el escriba pudiera haber omitido material por considerarlo superficial, tosco, contrario a creencias religiosas, usos litúrgicos o prácticas ascéticas. Por cuanto la tendencia del escriba era *armonizar* divergencias en pasajes paralelos, citas del AT o en distintas narrativas en los

Evangelios, *la lectura con disidencia verbal es preferida* a la concordante. En oportunidades, los escribas solían reemplazar una palabra rara por un sinónimo más familiar; alteraban una forma gramatical tosca o una expresión lexicográfica poco elegante según sus preferencias expresivas, o añadían pronombres, conjunciones y expletivos a fin de *suavizar* el texto. Probabilidades intrínsecas dependientes de consideraciones respecto a qué es lo que el autor pudo haber escrito. En estos casos, el crítico textual toma en cuenta:

1. En general: El estilo y vocabulario del autor a través del libro; el contexto inmediato; y armonía con el estilo del autor en otras partes; y

2. En los Evangelios: El trasfondo del arameo en las enseñanzas de Jesús; la prioridad del Evangelio según Marcos; y la influencia de la comunidad cristiana respecto a la formulación y transmisión del pasaje respectivo.

Es obvio que no todos estos criterios son aplicables en cada caso. El crítico textual debe reconocer cuándo es necesario otorgar mayor consideración a una clase de evidencia y menos a otra. Por cuanto la crítica textual es un arte al tiempo que una ciencia, es inevitable que en algunos casos los eruditos arriben a distintas evaluaciones en el significado de las evidencias. Estas divergencias se tornan casi inevitables cuando, como a veces sucede, las evidencias están tan divididas que, por ejemplo, la lectura más difícil es hallada en los testigos más recientes, o la lectura más larga es hallada solamente en los testigos más antiguos.

RESTAURACIÓN DEL NUEVO TESTAMENTO

Los hechos más sobresalientes en la historia de los hombres que aplicaron la ciencia y el arte de la Crítica Textual en la búsqueda por restaurar el texto griego del Nuevo Testamento, se pueden resumir más o menos así: Durante los siglos XVII y XVIII, un reducido grupo de eruditos logró recaudar considerable número de información de muchos manuscritos, así como de las versiones antiguas y de la patrología griega. Sin embargo, con la excepción de dos o tres editores que tímidamente se atrevieron a corregir algunos de los más notorios errores del *Textus Receptus*, esta degradada forma de Nuevo Testamento continúa aún siendo reimpresa, edición tras edición, perpetuada en las Versiones clásicas de los idiomas vernáculos de Europa.

El Precursor No fue sino hasta la primera parte del siglo XIX, cuando el erudito clásico alemán Karl Lachmann se aventuró a aplicar los criterios que había utilizado en la edición de textos griegos clásicos. Lachmann fue el primer erudito a quien se le reconoció haberse apartado totalmente del *Textus Receptus*. El demostró, por comparación de manuscritos, cómo éstos se podían retrotraer hasta sus arquetipos perdidos infiriendo su condición y paginación. Al editar su Nuevo Testamento, la intención de Lachmann no era reproducir el texto original, lo cual consideraba una labor imposible, sino presentar, con puras

evidencias documentadas y aparte de cualquier edición impresa previamente, el tipo de texto corrientemente usado por la cristiandad oriental al final del siglo IV.

A pesar de los muchos obstáculos que encontró durante su trabajo y de las limitaciones de su obra, el juicio de la mayoría de los eruditos está de acuerdo con la evaluación que F.J.A. Hort ha hecho de Lachmann y su obra: “... *Un nuevo período comenzó en 1831, cuando por primera vez, un texto fue construido directamente de documentos antiguos, sin la intervención de ninguna edición impresa, y cuando el primer intento sistemático fue hecho para sustituir la elección arbitraria por el método científico en la discriminación de variantes textuales*”.

Hallazgos Providenciales El hombre con quien los críticos textuales modernos del Nuevo Testamento se encuentran más en deuda es sin duda *Lobegott Tischendorf* (1815-1874). Este erudito buscó y publicó más manuscritos y produjo mayor número de ediciones críticas de la Biblia griega que ningún otro jamás. Entre 1841 y 1872 preparó ocho ediciones del Nuevo Testamento Griego, algunas de las cuales fueron reimpresas solas o juntamente con versiones alemanas y latinas, así como también 22 volúmenes de manuscritos de textos bíblicos. El número total de sus libros y artículos, resaltando que la mayoría de ellos están relacionados con la crítica bíblica, supera los ciento cincuenta. Mientras estudiaba teología en Leipzig, desde 1834 hasta 1838, el joven Tischendorf estuvo bajo la influencia de Johann Winer, cuya gramática del Nuevo Testamento Griego alcanzó numerosas ediciones y permaneció como la normativa por varias generaciones. Winer supo infundir en su pupilo la pasión por la búsqueda y aplicación crítica de los testigos más antiguos para reconstruir la forma más pura de la Escritura griega. A esta tarea se dedicó el joven erudito con gran pasión. Escribiendo a su novia en cierta ocasión, le declaró: “... *estoy confrontado con una labor sagrada: La lucha por recobrar la forma original del Nuevo Testamento*”. A los veinticinco años de edad, Tischendorf descifró el palimpsesto *codex Efraemi rescriptus*; viajó extensamente por toda Europa y Cercano Oriente en busca de manuscritos, nuevos y antiguos; los halló, examinó y editó. Prosiguió incansable hasta que, finalmente, en 1859, en el Monasterio de Santa Catalina, en el Monte Sinaí, descubrió el documento que ostenta la primacía entre los testigos más fieles y antiguos del Nuevo Testamento: el *códice Sináitico*. La historia de tal hallazgo es apasionante y merece ser narrada con algún detalle.

El descubrimiento del Códice Sináitico En 1844, cuando Tischendorf no tenía aún 30 años y se desempeñaba como catedrático de la Universidad de Leipzig, comenzó un extenso viaje por el Cercano Oriente en busca de manuscritos bíblicos. Obtenido un trabajo como simple fregador de platos en el monasterio de Santa Catalina en el monte Sinaí, tuvo oportunidad de observar una cesta de basura que contenía algunas hojas de pergamino, la cual iba a ser usada para

alimentar el fuego de la estufa. Al examinarlas, las hojas demostraron ser parte de una copia de la Versión Septuaginta (LXX) del Antiguo Testamento. Tischendorf logró retirar de la cesta no menos de 43 hojas, al tiempo que los monjes le comentaban casualmente que... ¡dos cestas iguales acababan de ser quemadas en la chimenea! Momentos más tarde, cuando le mostraron otras porciones del mismo códice (contenía todo Isaías y el libro cuarto de Macabeos), él advirtió a los monjes que tales cosas eran demasiado valiosas para alimentar el fuego. Con las 43 hojas que se le permitió retener, las cuales contenían porciones del Primer Libro de Crónicas, Jeremías, Nehemías y Ester, hizo una publicación en 1846, nombrando tales documentos como códice *Federico Augustanus*. En 1853, Tischendorf volvió a visitar el monasterio con la esperanza de hallar otras porciones del mismo manuscrito. No obstante, la euforia demostrada con el hallazgo anterior había hecho a los monjes más cautelosos y reservados, y no pudo conseguir nada adicional al manuscrito. Para 1859, esta vez bajo los auspicios del Zar de Rusia, sus viajes lo llevaron nuevamente al Monte Sinaí. Deteniéndose allí un corto tiempo, el día anterior a su partida, Tischendorf presentó al abad del monasterio una copia de la edición de la Septuaginta que había publicado recientemente en Leipzig. Fue entonces cuando el abad le comentó que él también poseía copia de un texto similar. Acto seguido, sacó de su armario un gran libro envuelto en una tela roja, y allí, ante los ojos atónitos del erudito, reposaba el tesoro que por tanto tiempo había deseado encontrar. Tratando de controlar sus emociones y aparentando normalidad, Tischendorf solicitó hojear el códice “someramente”, y luego de retirarse a su aposento pasó toda la noche sin pegar ojos, claro está, en el gozo indescriptible de estudiar el manuscrito, como él mismo nos declara en su diario: “...*quippe dormire nefas videbatur*” (en verdad hubiera sido un sacrilegio dormir). Durante esa noche, pudo comprobar que el documento contenía mucho más de lo que hubiera esperado, pues no sólo estaba la mayor parte del Antiguo Testamento, sino que el Nuevo Testamento se encontraba completo, intacto y en excelente estado de preservación, con la adición de dos trabajos cristianos del siglo II: La Epístola de Bernabé y una extensa porción del Pastor de Hermas (hasta entonces conocido sólo por su título). A la mañana siguiente, Tischendorf trató sin éxito de comprar el manuscrito.

Luego, insistió y pidió permiso para llevar el documento a El Cairo a fin de estudiarlo, pero tampoco le fue concedido, y tuvo que partir sin él. Días más tarde, sin embargo, mientras se encontraba en El Cairo, lugar donde los monjes también tenían un pequeño monasterio, Tischendorf solicitó al superior del mismo traer el manuscrito. El abad aceptó con la condición de que el libro se seccionara y sus partes fueran intercambiadas por mensajeros beduinos, los cuales traerían y devolverían el manuscrito cuaderno por cuaderno (ocho a diez hojas por vez), mientras Tischendorf procedía a copiarlo. Teniendo por copistas a un farmacéutico y un bibliotecario, dos alemanes residentes en El Cairo que tenían conocimientos del griego, y

bajo la cuidadosa supervisión de Tischendorf, éste comenzó su trabajo de transcribir las 110.000 líneas del texto, el cual terminó en un lapso de 60 días. La próxima etapa de negociaciones, envolvió lo que eufemísticamente podríamos llamar “diplomacia eclesial”. Para ese tiempo, el cargo de mayor autoridad del monasterio del Sinaí se hallaba vacante, por lo que Tischendorf sugirió que sería muy ventajoso para ellos hacer un apropiado regalo al Zar de Rusia, cuya influencia como protector de la iglesia griega los monjes deseaban mantener, y... ¿qué mejor regalo para el monarca que el viejo manuscrito? Después de largas negociaciones, el precioso códice fue entregado en manos de Tischendorf para su publicación en Leipzig, con el propósito de presentarlo luego al Zar en nombre de los monjes. Sin embargo, la publicación definitiva del códice fue hecha por la Universidad de Oxford y tuvo que esperar hasta 1911 para el Nuevo Testamento, y hasta 1922 para el Antiguo Testamento. Luego de la revolución bolchevique, no estando interesados en textos bíblicos, y por necesidades económicas, Rusia negoció su venta con el Museo Británico por 100.000 Libras, cantidad que fue pagada entre el Gobierno inglés y una suscripción individual y congregacional en Inglaterra y Estados Unidos. Al finalizar el año 1933, el *Codex Sinaiticus* fue depositado en el Museo de Londres, donde permanece hasta hoy.

Abnegación En Inglaterra, el erudito que, a mediados del siglo XIX, tuvo más éxito en alejar la preferencia inglesa por el Textus Receptus fue *Samuel Tregelles* (1813-1875). Cuando aún no tenía veinte años, Tregelles comenzó a hacer planes para una edición crítica del Nuevo Testamento. Sin saberlo, desarrolló con una similitud asombrosa los principios de crítica textual paralelos a los de Lachmann. De ahí en adelante, se dedicó a la comparación de manuscritos griegos, viajó extensamente a través de toda Europa con este propósito. Su cuidadoso y sistemático examen de casi todos los unciales (mayúsculos) hasta entonces conocidos y varios minúsculos importantes, resultaron en la corrección de muchas citas erradas de previos editores. También revisó nuevamente las citas del Nuevo Testamento que se encuentran en los escritos de la patología griega hasta Eusebio, así como las versiones antiguas, hasta que, finalmente, produjo una edición que publicó entre 1857 y 1872. A pesar de su pobreza, oposiciones y enfermedades, Tregelles pudo superar todas las dificultades y dedicó todo el tiempo de su vida a labores meticulosas sobre el texto del Nuevo Testamento como un acto de adoración y compromiso con Dios, como declara en el prefacio de su edición: “... *en la creencia plena de que será para el servicio a Dios, al servir a su Iglesia.*”

Valor Merece también mención *Henry Alford* (1810-1871), como un ardiente defensor de los principios de la crítica textual formulados por aquellos que, como Lachmann, según sus propias palabras, “... *habían trabajado en la demolición de la*

inmerecida y pedante reverencia por el Textus Receptus el cual obstruyó el camino de toda posibilidad de descubrir la genuina Palabra de Dios”.

La fuerza del Método Genealógico

La ciencia de la Crítica Textual El año de 1881 tiene un significado especial por la publicación de la más notable edición crítica del Testamento Griego jamás producida. Después de 28 años de trabajo, B. Westcott (1825-1901) y J. Hort (1828-1892), ambos profesores en Cambridge y eruditos en filología griega, produjeron dos volúmenes titulados *El Nuevo Testamento en Griego Original*. A diferencia de editores anteriores, ni Westcott ni Hort se abocaron a la comparación de manuscritos ni tampoco proveyeron un aparato crítico. Más bien, utilizando colecciones de variantes textuales previas, perfeccionaron la metodología crítica desarrollada por Griesbach, Lachmann y otros, y la aplicaron rigurosamente pero con discriminación, a los testigos del Nuevo Testamento. Los principios y procedimientos de la crítica textual elaborada por ellos son demasiado extensos para explicarlos en detalle, pero pueden resumirse sumariamente como ellos mismos lo determinaron en su introducción, a saber: (a) *Las evidencias internas de la lectura*; (b) *las probabilidades intrínsecas y de transcripción*; (c) *los grupos de evidencias internas* y (d) *las evidencias genealógicas*. Mirando retrospectivamente, al evaluar la obra de Westcott y Hort, puede decirse que los eruditos de hoy concuerdan en que su principal contribución fue la clara demostración de que el *texto Bizantino* es posterior a otros textos. Tres formas principales de evidencias respaldan este juicio: (1) *El texto Bizantino contiene lecturas combinadas o fusionadas que son claras composiciones de elementos de otros textos más antiguos*; (2) *ninguno de los padres ante-niceno cita lectura alguna del texto Bizantino*; y (3) *en la comparación entre las lecturas bizantinas con otras rivales, su aspiración de ser aceptada como original se ve gradualmente disminuida y finalmente desaparece*. No puede sorprender que el total rechazo que Westcott y Hort mostraron hacia las aspiraciones del *Textus Receptus* como Original del Nuevo Testamento, fuera visto con alarma por muchos hombres de la iglesia, y encontrara serias oposiciones. Baste decir que todos aquellos que se opusieron a la obra de Westcott y Hort (y consecuentemente a la aplicación crítica a los manuscritos del Nuevo Testamento) no alcanzaron a comprender *la fuerza del método genealógico*, según el cual el texto más tardío y combinado se evidencia como secundario y corrupto. El breve recuento de la obra de Westcott y Hort puede concluir con la observación de que el consenso mayoritario de eruditos reconoce que sus ediciones críticas fueron verdaderamente extraordinarias. Ellos presentaron lo que sin duda es el más puro y antiguo texto que podía ser obtenido con los medios de información de la época. A pesar de que el descubrimiento de nuevos manuscritos exige una nueva alineación de ciertos grupos de testigos, la validez general de sus principios y procedimientos es ampliamente reconocida por la erudición contemporánea.

El arte de la Crítica Textual Durante su larga y fructífera vida, Bernhard Weiss (1827-1918), profesor de exégesis del Nuevo Testamento en Kiel y Berlín, editó el *Nuevo Testamento Griego*. Por ser primeramente un buen teólogo, trajo a su labor un amplio y detallado conocimiento de los problemas teológicos y literarios del Texto Griego. En lugar de agrupar los manuscritos y evaluar las variantes por la vía del respaldo externo, Weiss discriminó entre las lecturas variantes de acuerdo con lo que a él le parecía el sentido más apropiado del contexto. Su procedimiento consistió en recorrer cada uno de los libros del Nuevo Testamento con un aparato crítico y considerar las más importantes variantes textuales, seleccionando en cada caso particular la lectura que le parecía justificada; tal como Hort lo hubiera expresado: *“por probabilidad intrínseca”*. Después que Weiss editó su texto adoptando las variantes que le parecieron más apropiadas, de acuerdo con su estilo y teología, listó los diferentes tipos de error observados entre las variantes textuales y evaluó cada uno de los principales manuscritos según su relativa *liberación* de tales faltas. En la asignación del grado de pureza de los manuscritos griegos, en sus distintos tipos de error, Weiss determinó que el *códice Vaticano* era el mejor. No sorprende entonces, que el carácter general de la edición de Weiss fuera extraordinariamente similar a la de Westcott y Hort, quienes se apoyaron tanto en el *códice Vaticano*. La importancia del texto editado por Weiss consiste, no solamente en que expresa la opinión madura de un gran erudito exegeta, dedicado por años a la consideración del significado del texto griego; si no porque también, los resultados de su aparente *metodología subjetiva* confirman los resultados de otros eruditos que siguieron un procedimiento distinto, a veces calificado como *más objetivo* porque agrupaba los manuscritos mismos.

Restauradores contemporáneos El texto del Nuevo Testamento prosiguió su proceso de restauración mediante la aplicación de la ciencia de la crítica textual, a través de las extensas y pacientes labores realizadas por Souter, von Soden, Merk, Bover, Nestle, Legs, Tasker, Housman, y muchos otros, acerca de los cuales no es posible escribir ahora. En mayor forma quizá que los anteriores, estos fueron ayudados por importantes descubrimientos de nuevos manuscritos realizados en la primera mitad del siglo XX, los cuales arrojan mayor luz en la restauración del texto bíblico. En 1966, luego de una década de labores de investigación textual realizada por un Comité Internacional, cinco Sociedades Bíblicas publicaron una edición del Nuevo Testamento Griego diseñado especialmente para traductores y estudiantes. Su “aparato textual”, que provee relativamente todas las citas de evidencias manuscritas, incluye cerca de 1440 juegos de variantes textuales, especialmente escogidos en vista de su significado exegético. Contiene igualmente un aparato de puntuación que cita diferencias significativas en más de 600 pasajes, coleccionados de cinco ediciones del Nuevo Testamento griego y diez traducciones al inglés, francés y alemán. Durante la reconstrucción de este texto Griego se tomó como base la edición de Westcott y Hort, y se

evaluaron todos los descubrimientos de la arqueología bíblica acontecidos durante el siglo XX, en el cual existen documentos manuscritos mucho más antiguos del Nuevo Testamento, como nunca antes. Gracias a ello, ha sido posible producir ediciones de las Sagradas Escrituras con palabras que hoy se aproximan más que nunca a aquellas registradas en los Autógrafos Originales.

Resultados El lector ha podido apreciar cómo, durante los 14 siglos en que el Nuevo Testamento fue transmitido en copias manuscritas, llegaron a volcarse en su texto numerosos cambios. De los aproximadamente 5300 manuscritos griegos del Nuevo Testamento conocidos hoy, no existen siquiera dos que coincidan en todos sus particulares. Al ser confrontados con esta masa de lecturas conflictivas, los editores han de decidir cuáles variantes merecen ser incluidas en el texto como originales, y cuáles deben ser relegadas al aparato crítico a pie de página. A pesar de que a primera vista la tarea de restauración puede parecer una tarea imposible de realizar a causa de las miles de variantes de lectura envueltas en la decisión, los eruditos han logrado desarrollar ciertos criterios de evaluación que hoy son generalmente aceptados. Tales consideraciones dependen, como se podrá apreciar más adelante, de probabilidades. En ocasiones, el crítico textual deberá sopesar un conjunto de esas probabilidades, una contra otra. A demás de esto, debe advertirse que, a pesar de que los criterios que siguen a continuación han sido desarrollados en forma metódica, uno no puede presuponer que una aplicación meramente mecánica o estereotipada siempre resolverá el problema. El rango y la complejidad de los datos textuales son tan inmensos, que ningún sistema de preceptos, por meticuloso que sea, podrá jamás ser aplicado con precisión matemática. Cada una de las variantes textuales necesita ser considerada individualmente y no juzgada conforme a reglas fijas y aceras. Con esta advertencia en mente, el lector podrá apreciar que los lineamientos generales de criterios son propuestos tan sólo como una descripción conveniente de las consideraciones más importantes que la Crítica Textual contemporánea tiene en mente al evaluar y seleccionar las variantes textuales. En general, los manuscritos más antiguos se encuentran menos propensos a los errores producidos por la repetición de copias. Sin embargo, de mayor importancia que la antigüedad del documento mismo es la antigüedad y el carácter del tipo de texto que representa, así como el esmero del copista al producir el manuscrito.

Teología de Traducción La narrativa anterior evidencia dos hechos fundamentales: a) La versión objeto de esta crítica está basada en un texto secundario, tardío y fusionado, plagado de los errores que acumularon más de catorce siglos de copias manuscritas; y b) los hallazgos de la arqueología bíblica y la Crítica Textual aplicada a los manuscritos, ha posibilitado la restauración de un texto cercano al Original. La demora de la Iglesia luso-parlante en beneficiarse de ello, después de casi dos

milenios de haberse cerrado el *Canon*, no puede atribuirse sino a una falta de información adecuada que, de manera confiable, presente un texto hebreo-araméo-griego, que razonadamente advierta en castellano al lector común (a pie de página o en comentario adjunto) los resultados envueltos en el proceso de transmisión, alteración y restauración de la Escritura Sagrada.

Adaptación y Traducción El objetivo fundamental de este apartado consiste en la revisión diligente y minuciosa de la Versión Reina Valera. El estilo literario de esta monumental obra se desprende de toda otra versión castellana, y su aceptación universal la califica como única para ser adaptada a la más excelente base textual existente. La propuesta es *preservar* todo cuanto la Versión Reina Valera tiene de bueno, su forma y estilo literario, sus felices giros de expresión y riqueza de comunicación, tal como ha sido conocida y utilizada a través del tiempo, procurando realizar -no una nueva- sino una *mejor* versión; entrando a corregir solo aquellos pasajes que, por diversas circunstancias, no han logrado expresar todo el propósito y fuerza del Original. Los estudios bíblicos avanzados han demostrado que, en el Texto Original, no sólo las palabras, sino las mismas letras, se encuentran ubicadas y distribuidas en patrones con designio y propósito. Estos avances y descubrimientos, inevitablemente establecen nuevos parámetros para el traductor serio, quien cada vez tiene menos libertad para hacer uso de la paráfrasis interpretativa o de los tan deseados *recursos idiomáticos*, los cuales, casi siempre, exhiben su presencia sólo para guiar equivocadamente, alejando a la Versión de su más importante propósito: *la fidelidad*. En este sentido, la experiencia ha mostrado que las traducciones más fieles son las más expresivas, y por ello, en muchas oportunidades, la traducción literaria (y aún más la dinámica) se hallará contrapuesta a las formas expresivas del texto. Las traducciones más fieles resultan en versiones más expresivas, y consecuentemente más relevantes. Ha sido posible apreciar también cómo ciertas técnicas de traducción demasiado uniformes, atentan contra la variedad de estilos y los distintos niveles lingüísticos de la Biblia, en tanto que la fidelidad a los originales siempre termina siendo una rica veta de recursos estilísticos. Tales condiciones son las que necesariamente debe poseer una traducción digna del Texto Sagrado.

El Traductor

Tal el corazón del hombre, tal su teología.
L. S. Chafer

El proyecto de la Biblia Textual ha exigido desde sus inicios, no solamente la *aptitud* que un traductor necesariamente debe ostentar en lingüística, sino también una apropiada *actitud* en su corazón. La obra que se presenta ante él le propone desafíos que van más allá de la sola erudición o calificación teológica (un buen traductor debe ser un buen teólogo). Sino que, en el ejercicio de sus funciones, este erudito y teólogo le será exigida imprescindiblemente una cualidad que ningún poder humano o

angélico le puede impartir u otorgar: la vivencia espiritual que surge por la *experiencia de la regeneración*, esto es: ser un *hijo de Dios* (y ninguno que se acerque a Él como no sea por medio de la sangre *divina* de Jesús, tiene derecho a utilizar tal nombre), con evidencia indiscutible de haber nacido de nuevo y así recibido la “*unción que le enseña todas las cosas*” para una vida rendida a Dios no sólo en el conocimiento *teológico* de la verdad, sino en el ejercicio de la piedad y el temor de Dios.

Categorías de traducción En la actualidad, las razones de las distintas categorías que pugnan por predominar en los enunciados de traducción bíblica, son muchas, complejas y... conflictivas. abarcan un amplio espectro que comienza con el sistema de traducción literal (interlineal), y concluye en los límites de la traducción dinámica (de tendencia parafrástica). Entre esos extremos, quizá la más destacada clasificación sea la traducción por equivalencias formales del lenguaje (literaria).

Traducción Literal El estilo de traducción literal ocupa, por así decirlo, el primero de los extremos dentro del amplio espectro que forman las distintas técnicas de traducción bíblica. Los aportes de este sistema no pueden ser subestimados, pues aunque su presentación es “interlineal” (y por ello no refleja las relaciones sintácticas del idioma a ser traducido), la consulta relacionada con la definición de vocablos, verbos, coordinación y subordinación gramatical del Original, constituye una herramienta indispensable para el traductor bíblico.

Traducción Literaria Esta propuesta, aunque orienta sus esfuerzos hacia el texto original, o sea el autor, el ambiente y su época, procura utilizar todas las funciones del lenguaje literario tratando de reproducirlos en todos sus aspectos. Bajo estos parámetros, el traductor literario actúa con plena libertad de levantar el nivel del Original, a fin de producir una plenitud de comunicación.

Traducción Dinámica La traducción dinámica tiene por objetivo al lector quien, por así decirlo, “*aguarda que le lleven*” el texto. Esto significa que durante el desarrollo de la traducción, el texto mismo deberá sufrir una transformación tal que ubique al lector en las mismas condiciones que se hallaba el destinatario original. Estas versiones cumplen una función importante, pues así como se preparan versiones infantiles de la Biblia, éstas son realizadas para gente que, aunque sabe leer, no tiene cultura de lectores. No obstante su gran utilidad, la inadvertencia de que se trata de una paráfrasis, podría, eventualmente, guiar mal al lector al hacerle suponer que está leyendo la verdadera Palabra de Dios.

Traducción Contextual La versión realizada bajo esta disciplina procura presentar al lector un texto comprensible de lo que sin duda es la obra literaria más compleja del Universo. Los postulados de la *traducción contextual* son demasiado extensos

para citarlos ahora en detalle, pero pueden definirse como una técnica que, enmarcada en las reglas que controlan la gramática general de la lengua (sin perjuicio de la coordinación y subordinación gramatical impuesta por el Autor Exacto), es capaz de transmitir toda la intención, fuerza y lucidez del Original, defendiendo al mismo tiempo su brevedad y simplicidad. Que preserva su pureza, y respeta sus asimetrías, asperezas gramaticales y redundancias; que valora la riqueza del estilo literario de comunicación logrado por el uso y el tiempo, y los beneficios que de allí se derivan al retardar los cambios que corrompen el lenguaje. Finalmente, que percibe y refiere honestamente las conclusiones que por la sana exégesis y trazo, surgen de la analogía y armonía espiritual latente en toda la Escritura (Sal.119:160; 2 P.1:20). Así, los traductores están conscientes y han sido consecuentes en aceptarla como disciplina que transcribe, no lo que el Autor Divino *pudo haber dicho* si hubiera escrito en castellano, sino lo que Él *dice* en hebreo, arameo y griego. La valoración *literal* de la Biblia fue un fundamento firme ya en la Iglesia Primitiva Evidentemente, la extraordinaria influencia del Señor Jesús sobre sus apóstoles respecto a la forma de interpretar la Biblia, tuvo las más trascendentales consecuencias. Algún cristiano primitivo nos da el sentimiento general cuando afirma que “... *lo que el entendimiento puede usar diariamente, lo que se puede saber fácilmente, es aquello que se halla delante de nuestros ojos, sin ambigüedad en la Santa Escritura, literal y claramente.*” En tiempos del Señor Jesús existían dos escuelas de interpretación bíblica. Ambas, lamentablemente, manipulaban la Escritura, unos para invalidarla a favor de sus tradiciones, y otros, siguiendo el arte disoluto y engañoso de cambiar el significado de las palabras, como hacen (o mejor, como pretenden hacer) los alquimistas con las transmutaciones de la materia, haciendo de cualquier cosa lo que le place, y al final, reduciendo a la nada toda verdad. En oposición a estas escuelas, y con la perfección que lo caracteriza, Jesús mostró su fórmula interpretativa dentro de la Escritura misma, considerando las exigencias gramaticales y en armonía con el plan divino de las edades. Como en todos los aspectos de su vida, Él nos señaló el beneficio de entender que *ninguna profecía de la Escritura produce su propia interpretación* (2 P.1.20); y poder cantar junto al salmista: *¡La suma de tu Palabra es verdad!* (Sal. 119.160). Por *literal* damos a entender la traducción *gramatical* de la Escritura.

Durante el proceso de traducción y revisión del Texto Sagrado, el editor ha mantenido como regla infalible que donde una construcción literal se sostiene, lo más remoto de la letra generalmente es lo peor. Si Dios en verdad tiene el propósito de darnos a conocer su voluntad, Él tiene que adaptar su mensaje a nuestra manera de comunicar pensamientos e ideas. Si Dios dio sus palabras para ser entendidas, es natural que Él emplee el lenguaje para transmitir el sentido designado de acuerdo con las reglas gramaticales que lo controlan (y que Él mismo inventó) y, en vez de buscar un sentido que las palabras mismas no contienen, debemos obtener principalmente el sentido que obviamente abarcan, dejando campo necesario para la existencia

del lenguaje figurado cuando así lo indique el contexto, según el propósito o construcción del pasaje, teniendo siempre en mente el viejo adagio italiano “*traduttore - traditore*”.

Un corto ejemplo Como oda de alabanza a la *perspicuidad* de la Escritura, citamos Mt.1.6: “... e *Isaí engendró al rey David; y de la de Urías, David engendró a Salomón,*” a cuya lectura, todas las versiones añaden la frase “*la que fue mujer*”. Ahora bien, es verdad que cuando David tomó por mujer a Betsabé, Urías ya había muerto, y desde ese momento, ella *había sido* la mujer de Urías. Pero el Texto Sagrado nada dice respecto a esa historia. Todo lo que dice es que ella era *la de Urías*. Y sea mujer o esposa, concubina o viuda, por lo menos aquí es dejado indefinido. De esta manera, el temerario inserto, aparte de *añadir* a la Escritura, en este caso particular, hace que la *elocuencia del silencio* del pasaje se pierda totalmente. Porque hay *una razón* para que el nombre de Betsabé quede entre bastidores, bien sea como mujer o esposa, concubina o viuda; y esto es con el propósito de enfatizar hasta el extremo el pecado de David contra Urías. Las circunstancias de la descendencia de Tamar -casi podemos oír aquí gritar al Espíritu- fueron suficientemente perversas; aunque su pecado tuvo justificación. Rahab era peor, siendo prostituta de profesión, seguida por Rut *la moabita*, con la pesada carga de su origen incestuoso, todas estas circunstancias se acercan, no a Betsabé, sino a... David, porque la tiniebla de su pecado solo puede exhibir ese drama de adulterio, mentira, traición y asesinato, concentrándolo y gritándolo en el solo nombre de *¡Urías!* De esta manera, Mateo registra la “honrosa” genealogía exhibiendo nuestro “pedigrí” como raza humana, y nos muestra en qué escena de pecado el Santo de los santos descendió de su gloria para beneficio del pecador. Tal es la intención del evangelista. Pero con la presta e indolente glosa: *la que fue mujer*, se distrae la atención del aquí sólo-importante Urías, y se echa a perder una de las parábolas más maravillosas de la Escritura, que habla por su mismo *silencio*.

Una Versión perfecta Tradicionalmente, el texto hebreo-aramaeo y griego de la Biblia viene siendo plasmado en las ediciones impresas de la *Biblia Hebraica Stuttgartensia* y el *Novum Testamentum Graece*, sobre cuya base se traducen casi todas las Versiones. Sin embargo, no obstante la excelencia, erudición y noble propósito que guía a estas Ediciones impresas, es importante destacar que sus constantes revisiones denotan un proceso de perfeccionamiento que obviamente el Original no necesitaría. Esto se debe a que la *inspiración verbal y plenaria* de la Escritura recayó exclusivamente sobre los Autógrafos Sagrados, su infalibilidad se limita por tanto al Texto Original, y nunca benefició al copiado manuscrito, así fueran los mismos idiomas originales de la Biblia. Si esto es así, mucho menos entonces puede la infalibilidad beneficiar a las *traducciones* que de ellas se derivan, de donde la sola consideración de una *versión perfecta* es imposible. Nuestro intenso (y extenso) contacto con las labores de traducción, nos ha demostrado

durante los 35 años que la obra nos ha durado entre las manos, que es más el resultado de *transpiración* que el de inspiración. Las Versiones, por excelentes que pretendan ser, no constituyen más que un esfuerzo humano, personal o colegiado, por presentar en idioma vernáculo la infalible Palabra de Dios. Ante esta realidad, surge la propuesta feliz de una *versión perfectible*, que siguiendo los pasos humildes de la Crítica Textual, acepta las limitaciones impuestas por las circunstancias, y mediante sus ediciones críticas manifiesta su *aspiración* hacia una versión perfecta.

NUEVO ENFOQUE CRÍTICO DEL SIGLO XXI

La premisa de la Crítica Textual es que doquiera se transmite un texto ocurre una variación.

Esto se debe a que los seres humanos son descuidados, falibles, y ocasionalmente... perversos.

E. J. Kennedy.

Un nuevo enfoque La publicación de la nueva evidencia arqueológica surgida por la desclasificación de documentos de Qumrán, juntamente con la reevaluación y nuevos análisis de textos previamente publicados, ha confirmado que el criticismo textual es un área de investigación dinámica, en la cual muchos puntos de vista cambian a causa de los estudios generados por el descubrimiento de nuevos documentos. De allí que, determinadas opiniones expresadas ayer deben ser corregidas hoy, y pueden serlo en años por venir.

Las intensas labores de criticismo textual sobre la Biblia Hebrea, realizadas principalmente por la Universidad Hebrea de Jerusalem, exhiben un nuevo enfoque crítico que hace necesaria una nueva evaluación en los testigos del *Urtext* hebreo. La urgencia de esta revisión se ha hecho particularmente manifiesta por los hallazgos de Qumrán y los textos bíblicos, hoy desclasificados para su publicación, por cuanto, en ciertas áreas, el aprecio de estas publicaciones ha modificado sustancialmente las fórmulas clásicas de investigación, y a su vez han producido cambios significativos en la consideración crítica del texto hebreo. Contrario al caso del Texto Griego, el interés por recuperar la forma original de la Biblia Hebrea es un deseo relativamente nuevo en la historia de la investigación textual. Hasta hace pocos años, antes de este despertar, se consideraba que el texto bíblico había una vez existido en la forma fiel y exacta en que nos lo presentan los manuscritos medievales del *Texto Masorético*, tal como ha sido plasmado en las ediciones impresas de la *Biblia Hebraica Stuttgartensia*.

Desde el descubrimiento en 1947 de los manuscritos hebreos de Qumrán (fechados del 250 a.C. al 135 d.C), nuestro conocimiento respecto al texto bíblico se ha incrementado enormemente. Debe recordarse que hasta ese momento (mediados del siglo XX) ningún manuscrito antiguo de la Biblia Hebrea era conocido. De manera que los manuscritos medievales del *Texto Masorético* (TM) eran las únicas fuentes hebreas antiguas. De allí que las investigaciones anteriores a

1947 se basaban en textos bíblicos cuyo proceso de copiado alcanzó varios milenios después de su composición original y su edición *deuteronomica* e integración al *Canon*. Por tales razones los eruditos no usaron solo las fuentes hebreas sino también se apoyaron en manuscritos y papiros fragmentarios de traducciones antiguas, especialmente de la Versión Septuaginta (LXX) por cuanto los acercaba mucho más a la época de composición del *Urtext* hebreo. Todos ellos, sin embargo, son traducciones, cuya fuente original hebrea (*Vorlage*) permanece incierta. Por demás está decir entonces que el descubrimiento de los muchos textos hebreos del Mar Muerto, fechados de tiempos antiguos, representa un considerable avance en cuanto al conocimiento de testigos más antiguos, así como del procedimiento de copiado y las modalidades de transmisión de textos en la antigüedad.

Estos nuevos aportes, necesariamente, han modificado nuestra comprensión respecto al texto de las Sagradas Escrituras, presentándonos un enfoque no reflejado hasta el presente, cuyas particularidades justifican la redacción de una nueva *Introducción* sobre el criticismo textual de la Biblia Hebrea. Aun después de los primeros hallazgos de Qumrán, las mejores Introducciones del siglo XX no pudieron incorporar una descripción exhaustiva de esos nuevos descubrimientos. Las primeras, por no contar con documentos hoy desclasificados. Otras, a pesar de haber sido escritas en un tiempo cuando los principales acontecimientos eran ya conocidos, siguieron reflejando el mismo enfoque de análisis crítico del período anterior al descubrimiento de la nueva data. Hoy, iniciado el siglo XXI, la opinión general de los eruditos es que los nuevos descubrimientos de Qumrán no solo han aportado nuevos datos, sino también han mostrado un nuevo enfoque de evaluación crítico-textual, distinto al conocido y aplicado antes de 1947.

¿Cómo afecta el nuevo enfoque? En el caso particular del texto hebreo, muchos de los cambios introducidos por los escribas no pueden ser imputados a ninguna influencia externa, tales como han sido descritas en otras partes de este artículo. Estos cambios probablemente derivaron del contexto mismo, y reflejan un deseo del copista para adaptar el texto a su propio entendimiento o a una determinada tradición exegética conocida por ellos (como regla, estas dos posibilidades no pueden ser separadas). A esta altura, y en virtud del enorme prestigio del TM es importante entender que los puntos vocálicos y acentos no conforman, como en el caso del griego y otros idiomas, un mismo bloque con el hebreo consonántico original de la Biblia. Estas vocales fueron insertadas por los *masoretas* (comentaristas) a partir del siglo VI de nuestra Era, fecha en la cual, los caracteres *paleo-hebreos* primitivos habían sido sustituidos por las letras *cuadradas* arameas.

Los masoretas fueron además los más dilatados *comentaristas* de la Palabra de Dios. Algo similar al traductor dinámico de hoy día. El sistema de puntuación vocálica inventado y aplicado por ellos cinco siglos después de Cristo, constituye una glosa continua que, de una u otra manera, afecta a todos los libros del

Antiguo Pacto. Sus puntos vocálicos y acentos, prosaicos y métricos, estampan en cada palabra hebrea un significado particular, que en su estado consonántico simple pudiera no tener. Dichos puntos vocálicos, por sí solos, pueden llegar a añadir al lenguaje conjugaciones completas. Este sistema, pues, constituye uno de los *comentarios* más artificiales, particulares y extensos, insertados con toda liberalidad dentro del mismísimo Texto. No existe una sola palabra de la Biblia Hebrea que haya escapado de la influencia de este particular tipo de glosa. Aun sin tener necesidad de añadir, eliminar o cambiar una sola letra del texto hebreo consonántico original, este sistema otorgó a los masoretas la autoridad para introducir cambios dramáticos en el significado de casi cualquier pasaje de la Escritura, toda vez que la prerrogativa para seleccionar vocales, es, en gran medida, la prerrogativa para seleccionar... ¡palabras! La obra de los masoretas es, simplemente, un comentario integrado al texto consonántico original. Como idioma, el *hebreo-masorético* difiere del paleo-hebreo patriarcal, en que fue escrito originalmente el Antiguo Pacto, y el uso vocálico, a vista del hebreo actual utilizado en Israel, ha probado ser totalmente innecesario.

Lejos de aceptar sus pretensiones como *texto normativo*, la nueva evaluación crítica del TM ha de ser realizada en función de lo que este texto realmente es – a saber: *una versión más* de la Biblia Hebrea, escrita en un muy particular idioma llamado *hebreo masorético*.

Es evidente que a través de tan largo tiempo, un considerable grupo de hebraístas ha estado consciente de ello, y que las diferencias entre el paleo-hebreo original y el idioma masorético debe haber llamado suficientemente la atención para diferenciar entambos. Sin embargo, no ha sido sino hasta muy recientemente que la Crítica Textual contemporánea ha podido alcanzar conclusiones científicas que le permiten calificar los hechos sin temor a descalificaciones tendenciosas. Las lecturas divergentes que surgen por la evaluación comparativa de la Crítica Textual son suficientemente convincentes para aceptar que la integridad del TM en sus aspiraciones como *texto normativo* son insostenibles. Quizá en ninguna oportunidad en la historia de los acontecimientos envueltos en la transmisión del Texto Sagrado, puedan cumplirse mejor las palabras del profeta Jeremías (8.8).

¿Cómo podéis decir: Somos sabios, la Ley de YHVH está con nosotros, cuando la pluma engañosa del escriba la ha convertido en mentira?

LA FORMA ORIGINAL MANUSCRITA

LEY	PROFETAS		SALMOS
5 Libros	12 Libros		5 Libros
1 Génesis	6 Josué Jueces	12 Jeremías Lamentaciones	18 Job
2 Éxodo	7 Rut	13 Sofonías Habacuc	19 Salmos
3 Levítico	8 Reinos: Samuel I-II Reyes I-II	14 Ezequiel Daniel Ester	20 Proverbios
4 Números	9 Abdías Joel Jonás	15 Crónicas I-II	21 Eclesiastés
5 Deuteronomio	10 Amós Miqueas Oseas Nahúm	16 Esdras Nehemías	22 Cantar
	11 Isaías	17 Hageo Zacarías Malaquías	

Intolerable cosa es a Satanás, padre de mentira y autor de tinieblas (Cristiano lector) que la verdad de Dios y su luz se manifieste en el mundo, porque por este solo camino es desecho su engaño, se desvanecen sus tinieblas y se descubre toda la vanidad sobre la cual está fundado su reino, de donde, presto, está cierta su ruina, y los míseros hombres que tiene ligados en muerte con prisiones de ignorancia, enseñados con la divina luz, se le salen de su prisión a vida eterna y a libertad de hijos de Dios. De aquí viene que, aunque por la condición de su maldito ingenio aborrezca y persiga todo medio encaminado a la salud de los hombres, con singulares diligencias y fuerza ha siempre resistido, y no cesa, ni cesará de resistir (hasta que Dios lo refrene del todo) a los libros de la Santa Escritura, porque sabe muy bien por la lengua experiencia de sus pérdidas, cuán poderoso instrumento es éste para deshacer sus tinieblas en el mundo y echarlo de su vieja profesión. Largo discurso sería menester hacer para recitar ahora las persecuciones que le ha levantado -a los Libros Sagrados- en otros tiempos, y los cargos infames que le ha hecho, por los cuales no pocas veces ha alcanzado a desarraigarlos del mundo, y hubiéralo alcanzado sin duda, si la luz que en ellos está encerrada no tuviera su origen y fuente más alta que este sol, y que no consistiera tan solo en escrituras, como todas las otras humanas disciplinas, de donde viene que pereciendo los libros en que están guardadas, o por la condición de los tiempos, o por otros mundanos casos, ellas también perecen, y si alguna restauración tienen después, se hallan como algunas reliquias, ayudadas por el humano ingenio que las resucita. Mas por cuanto la fuente de esta divina luz es el mismo Dios, y Su intento es de propagarla en este abismo de tinieblas, de aquí es que, aunque muchas veces por cierto consejo Suyo permita a Satanás la potestad sobre los sagrados libros, y aunque él los queme todos, y aun también mate a todos los que ya participaron de aquella celestial sabiduría, quedándonos la fuente sana y salva (como no puede tocar en ella), la misma luz al fin vuelve a ser restaurada con gran victoria, y él queda frustrado y avergonzado de sus diligencias. Por ser pues este su pertinaz ingenio contra la divina Palabra, estamos ciertos que no lo dejará de seguir siendo en esta obra presente, y por cuanto ella es más necesaria a la Iglesia del Señor, tanto más él se desvelará en despertar contra ella toda suerte de enemigos, extraños y domésticos, de lejos y de cerca. Los de lejos, días ha que se han despertado para impedir toda versión vulgar -textual- de la Sagrada Escritura, a título de que "... los sagrados misterios no han de ser comunicados al vulgo, siendo ocasión de errores en la doctrina." De cerca, no le faltarán otros supuestos que, con títulos algo más sutiles y aparentes se levanten contra ella, aunque por ventura a uno y a otro no falte buena intención, y celo, como muchas veces acontece, que buenas intenciones por falta de mejor enseñanza, pensando servir a Dios, sirven al demonio y a sus intentos.

Casiodoro de Reina

EVANGELIOS Y HECHOS	EPÍSTOLAS JUDEO CRISTIANAS	EPÍSTOLAS PAULINAS	
5 Libros	7 Libros	14 Libros	
23 Juan	28 Jacobo (Santiago)	35 Tsalonicenses I	42 Filipenses
24 Mateo	29 Pedro I	36 Tsalonicenses II	43 Colosenses
25 Marcos	30 Pedro II	37 Corintios I	44 Hebreos
26 Lucas	31 Judas	38 Corintios II	45 Filemón
27 Hechos	32 Juan I	39 Gálatas	46 Timoteo I
	33 Juan II	40 Romanos	47 Tito
	34 Juan III	41 Gentiles (Efesios)	48 Timoteo II
PROFÉTICO 1 Libro			
49 Apocalipsis			

diseñados, exhibidos en armonía con muchos otros que se esfuerzan por mostrar que la "Mano Invisible" que escribió el Libro es, obviamente, la misma que lo compaginó.

BIBLIOGRAFÍA

- Eusebio. Historia de la Iglesia.* Paul L. Maier. Editorial Portavoz. Michigan, 1999.
- Figuras de Dicción,* Bullinger – Lacueva, Clie, Barcelona, 1990.
- Las Obras Esenciales,* Flavio Josefo, Portavoz, Grand Rapids, 1994.
- Number In Scripture,* E. W. Bullinger, Kregel, Grand Rapids, 1967.
- Teología Sistemática.* Lewis Sperry Chafer. Publicaciones Españolas. Georgia. USA. 1974
- Textos de Qumrán,* García Martínez, F., Simancas, Valladolid, 1992.
- Textual Criticism of the Hebrew Bible.* III Edic. Emanuel Tov. Fortress Press, Minneapolis, 1992.
- The Complete Dead Sea Scrolls in English.* Revised Edition. Penguin Books. 2004.
- The Dead Sea Scrolls. A New Translation.* Michael O. Wise, Martin G. Abegg Jr., and Edward M. Cook. Harper Collins Publisher. 2005.
- The Early Versions of the New Testament. Their Origin, Transmission, and Limitations.* Bruce M. Metzger. Clarendon Press. Oxford. 1977.
- The Expositor's Greek Testament,* Nicoll. Eerdmans Printing Company. Michigan, USA 1980.
- The Greek and Hebrew Bible. Collected Essays on the Septuagint.* Emanuel Tov. Editorial Brill. Leiden, Boston, Köln. 1999.
- The Interpreter's Dictionary Of The Bible,* Abingdon Press, New York, 1962.
- The Jewish Bible and the Christian Bible. An introduction to the History of the Bible.* Julio Trebolle Barrera. Editorial Brill. Leiden, New York, Köln. 1998.
- The New International Commentary On the Old Testament NICOT;* Harrison – Hubbard; Eerdmans, Grand Rapids. 1986.
- The Orthodox Corruption of Scripture.* Bart D. Ehrman. Oxford University Press. New York. Oxford. 1993.
- The Text of the New Testament. An Introduction to the Critical Editions and to the Theory and Practice of Modern Textual Criticism.* Kurt Aland and Barbara Aland. Eerdmans, Grand Rapids. 1987.
- Theological Dictionary of the New Testament;* Kittel, Eerdmans, Grand Rapids. 1978.
- Theological Dictionary of the Old Testament;* Botterweck-Ringgren, Eerdmans, Grand Rapids. 1997.